

lo proponga?—(Si, padre). Pues el Santo que yo elijo para que sea nuestro protector especial en estos dias, es esa augusta Señora cuya imágen veis colocada en ese altar. ¿Qué os parece? ¿he hecho buena eleccion? ¿os gusta tener por patrona á María santísima?—(Si, padre). Pues no dudeis que á ella tambien le gusta mucho el que la hayamos elegido por tal, y que recibe como un obsequio muy grato la confianza que mostramos tener en su bondad. Ya veréis, amados míos, cuán bien desempeñará con nosotros el oficio de protectora, de medianera y de madre : ya veréis la abundancia de gracias y auxilios que nos alcanzará en estos dias. Contemos con su poder, confiemos en su bondad, no dudemos de su proteccion. Y para que ella vea cuán grande es nuestra confianza y amor, arrodillémonos á sus piés, y digámosle con el mas vivo fervor de nuestra alma : ¡Oh Reina del cielo! ¡oh Virgen santa! ¡oh augusta Madre de Dios! ¿veis, Señora, á este grupo de niños que estamos humildemente postrados á vuestros piés, y levantamos á Vos nuestros humedecidos ojos? ¡Ah Señora! somos unas pobres criaturas, que venimos á implorar vuestra proteccion y socorro. Nosotros necesitamos de una guía que nos conduzca, de una luz que nos ilumine, de una madre que nos instruya : ¿y quién puede hacerlo mejor que Vos, Vos que sois la Madre de la Sabiduría increada, la mayor lumbrera de la Iglesia, y la gran maestra de todos los predestinados? No os desdeñeis, pues, ¡oh Madre nuestra! acogernos á todos bajo vuestro manto misericordioso, y concedernos una proteccion especial en estos dias. Disipad con vuestra luz las tinieblas de nuestro entendimiento, para que acertemos á conocer lo que vuestro Hijo quiere de nosotros : sostened con vuestro poder la flaqueza de nuestra voluntad, para que nos resolvamos á hacer todo cuanto sea necesario para el bien de nuestras almas : socorrednos, como Madre piadosa y benigna,

para que sepamos aprovecharnos en estos dias, y nos dispongamos bien para hacer una comunión santa y fervorosa. Así lo esperamos de vuestra bondad jamás desmentida, y para mas obligaros os saludamos con una *Salve*.

PRIMER DIA DE EJERCICIOS.

EJERCICIO DE LA MAÑANA.

Este ejercicio se hará del modo siguiente : Se comenzará por el santo sacrificio de la misa, al que se procurará asistan todos los niños ejercitandos : y para tenerlos mas atentos, y hacer que presencien con mayor devocion las ceremonias de este sublime misterio, será muy conducente que, mientras se celebra, un eclesiástico, ó, en su defecto, algun seglar de virtud y expedicion, lea pausadamente y en voz clara y afectuosa las oraciones y jaculatorias que sobre cada uno de sus pasos se encuentran en los libros de piedad. Concluida la misa, se cantará ó rezará el himno Veni, Creator Spiritus, despues se hará una corta deprecacion á María santísima, y al último se dirá la oracion Acciones nostras. Luego el cura comenzará una especie de catecismo, no sobre materias generales y comunes, sino precisamente sobre las disposiciones, tanto de necesidad como de conveniencia, que se requieren para confesar y comulgar bien ; dando sobre cada una de ellas explicaciones muy circunstanciadas, pero de tal modo distribuidas, que explicando un dia unas y otro dia otras, queden todas bien explicadas y comprendidas al concluir los ejercicios. Creemos innecesario poner aquí por extenso dichas explicaciones, porque en las pláticas sobre la Eucaristía y Penitencia del Catequista orador se encontrará todo el material que se necesite para hacerlas bien y sin ningun trabajo. Acabado el catecismo, que no debe durar mas que media hora escasa, el cura dirá á los niños que vayan á cumplir sus obli-

gaciones domésticas, pero que tengan cuidado en no disiparse ni distraerse demasiado, antes procuren en medio de sus ocupaciones tener la presencia de Dios, repasar en su mente las reflexiones y avisos que han oído, y disponerse para la confesion general.

EJERCICIO DEL MEDIODÍA.

El ejercicio del mediodía consistirá: 1.º en hacer una corta deprecacion á María santísima, patrona de los ejercicios; 2.º en tener un breve rato de meditacion sobre alguno de los puntos mas eficaces para despertar en el corazon de los niños el santo temor de Dios y el odio al pecado, cuales son la muerte, el juicio, el infierno y la eternidad; 3.º en examinar detenidamente la conciencia sobre uno ó dos mandamientos de la ley de Dios, á fin de tenerlo todo prevenido el dia que el cura crea conveniente hacerles comenzar la confesion general.

Como los niños de primera comunión, generalmente hablando, no se hallan en disposicion de examinarse por sí solos, ya porque no comprenden bastante todo lo que manda y prohíbe cada precepto, ya porque, aunque lo comprendan, no saben aplicarlo á los casos particulares; es de todo punto necesario que el cura con toda paciencia y caridad les ayude en esto, poniéndoles á la vista todo lo que está mandado y prohibido en cada uno de los mandamientos, y haciéndoles ver en ellos, como en otros tantos espejos, todas las manchas de su alma. Por esto, hágales hacer cada dia el exámen sobre uno ó dos preceptos, explicándoles bien antes los pecados que contra ellos se pueden cometer, no todos, sino aquellos de que son capaces en su corta edad. Creemos se nos agradecerá el que pongamos aquí los modelos de estos exámenes; y lo harémos con tanto mayor gusto, cuanto nos parece podemos hacerlo con algun acierto, ya que la práctica del confesonario nos ha enseñado cuáles suelen

ser los pecados que ordinariamente se cometen en la primera edad. Por lo que hace á este primer dia, se podrá proponer el exámen en los términos siguientes:

El convidado descortés del Evangelio.

Probet autem seipsum homo, et sic de pane illo edat. (I Cor. xi, 28).

Deseando yo, mis amados niños, ayudaros en cuanto pueda á hacer bien la primera comunión, vengo hoy á deciros lo primero que debéis practicar para conseguirlo. El primer paso que ha de dar el que quiere acercarse dignamente á comer el Pan consagrado, es, dice san Pablo, registrar bien su interior, examinar escrupulosamente su conciencia, para ver si en ella hay algun pecado que le haga indigno de una gracia tan extraordinaria. ¡Desgraciado el que come indignamente el Cuerpo sacrosanto de Jesucristo! ¡Infeliz el que se llega á la santa comunión con el alma manchada con alguna culpa grave! Á este le sucederá lo que dice Jesucristo aconteció á un convidado, que se presentó en un convite con el vestido sucio. ¿Sabeis el caso? Un gran señor dispuso un magnífico convite para obsequiar á sus amigos; y teniéndole ya dispuesto, los llamó á todos á su casa para que disfrutasen de los manjares exquisitos que les tenia prevenidos. Muchos fueron los que se presentaron, procurando comparecer limpios, aseados, bien vestidos, cual correspondia á la dignidad del gran señor que se habia dignado convidarlos. Pero entre ellos hubo uno tan descortés, tan bruto y mal educado, que se presentó con un vestido todo roto y manchado. Viendo el señor tanta descortesía, le dijo: amigo, ¿cómo tienes la desvergüenza de comparecer aquí con ese traje indecente? ¿Soy yo acaso algun hombre bajo para presentarte delante de mí de ese modo? Y llamando luego á sus criados, les mandó le echasen de su

presencia, y atado de piés y manos, le arrojasen á las tinieblas exteriores, es decir, al fuego eterno.

¿Sabeis, hijos míos, lo que significa esta historia que nos refiere el Evangelio? ¡Ah! escuchad atentamente su explicación, que os interesa mucho. Ella es una viva imagen de lo que pasa en la sagrada comunión, y quiera Dios no lo sea de lo que pasará con vosotros el día que comulgaréis. Jesucristo, deseoso de mostrar su amor á los hombres, les prepara en la santa comunión un convite el más espléndido y exquisito, dándoles á comer, no manjares materiales y terrenos, sino su preciosísimo Cuerpo y Sangre. Teniéndole ya dispuesto, los llama á todos, diciéndoles: venid, amigos, sentaos á mi mesa, y comed ese bocado celestial que mi amor os ha preparado. Á estas palabras llenas de bondad y de amor, son muchos los que acuden y se presentan; pero ¡ah! que si bien algunos comparcen con el vestido limpio, esto es, con la conciencia pura; otros se presentan con el vestido roto y manchado, esto es, con el alma tiznada de grandes culpas. ¡Ay de ellos, hijos míos, ay de ellos! mejor les fuera no haber nacido, que presentarse así á recibir la sagrada comunión; porque, como dice san Pablo, estos infelices, comulgando, se hacen reos del Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, se tragan su juicio y su condenación; y si no se arrepienten de este grande atentado, serán algún día arrojados á los tormentos eternos.

Para que ninguno de vosotros sea del número de estos infelices, procurad todos seguir el consejo que nos da el mismo Apóstol, diciendo: «Antes no os llegueis al altar para comulgar, examinad atentamente vuestra conciencia, y ved si encontráis algo que os haga indignos de acercaros á él.» ¡Ay, amados de mi alma! si vosotros repasais con cuidado los años de vuestra vida, tal vez encontraréis mucho de que confesaros antes de recibir el Cuerpo adorable del Salvador. Bien co-

nozco que no sois capaces de examinaros por vosotros mismos; pero no os espanteis por esto: yo os explicaré el modo con que debéis examinaros: mas, yo mismo os ayudaré á hacer el exámen, apuntándoos todos los pecados que podeis haber cometido contra los Mandamientos de la ley de Dios. ¿Os está bien que lo haga?—(Sí, padre). Pues hoy os examinaréis sobre los dos primeros: yo iré diciendo todos los pecados que podeis haber cometido contra ellos, y vosotros id examinando si lo que digo os toca en algo.

El primer mandamiento dice: *Amarás á Dios sobre todas las cosas*. Sobre este mandamiento examinad: 1.º si cuando llegásteis al uso de la razón os dirigísteis á Dios con un acto de fe y amor sobrenatural, reconociéndole por vuestro Autor, amándole como á vuestro Padre, y rindiéndole á él como á vuestro Señor y Dueño: 2.º si por culpa vuestra habeis ignorado por algun tiempo la doctrina que teneis obligación de saber, como son los misterios de la Trinidad y Encarnación, el Credo, el Padre nuestro, los Mandamientos de la ley de Dios, los de la Iglesia y los Sacramentos: 3.º si habeis recibido el sacramento de la Confirmación en estado de culpa mortal, sea por no haberos confesado antes de recibirle, sea por haber callado pecados mortales en la confesión: 4.º si habeis procurado hacer actos de fe, esperanza y caridad, ejercitándoos en ellos á lo menos tres ó cuatro veces cada año desde que teneis uso de razón: 5.º si habeis negado ó dudado de algun artículo de fe, ó si alguna vez habeis llegado á desconfiar de la misericordia de Dios: 6.º si habeis hecho malas confesiones, ó por no haberos examinado bien antes, ó por haberos confesado sin propósito ni dolor, ó por haber callado maliciosamente vuestras culpas. Estos son, hijos míos, los principales puntos que debéis examinar sobre el primer mandamiento, procurando

averiguar, en cuanto os sea posible, cuántas veces habeis faltado en cada uno de ellos.

El segundo mandamiento dice : *No jurarás el santo nombre de Dios en vano*. Sobre este mandamiento examinad : 1.º si habeis tenido costumbre de jurar ; si alguna vez habeis jurado con mentira, ó sin bastante reflexion, ó con duda de lo que jurábais ; ó si jurásteis hacer alguna cosa ilícita : 2.º si habeis proferido blasfemias, echando expresiones deshonrosas contra Dios, contra María santísima, contra algun Santo ó alguna cosa sagrada : 3.º si habeis hecho burla ó tratado con desprecio alguna de las cosas santas ó destinadas al culto divino, como la sagrada Eucaristía, la santa Cruz ó la imágen de algun Santo : 4.º si habeis dicho malas palabras, como voto á Dios, por vida de Cristo, y otras frases semejantes : 5.º si habeis maldecido á Dios, ó enojádoos contra él, ó alguna cosa que os haya venido por disposicion suya, como contra el tiempo, la lluvia, la enfermedad y otras cosas por este estilo : 6.º si habeis atribuido á Dios cosas que le repugnan, ó negado cosas que le convienen, como si hubiéseis dicho que Dios no es justo, que es cruel, que no cuida de sus criaturas, etc.— Aquí teneis la lista de los pecados en que podeis haber incurrido sobre este segundo mandamiento : os encargo los recorrais uno á uno, para saber cuáles habeis cometido, y cuáles no : y para que ninguno quede oculto, suplicad humildemente á vuestra patrona María santísima os ayude á examinaros, y os alcance la luz y memoria que para ello habeis menester. ¿Lo haréis, hijos míos?—(Si, padre). Pues manos á la obra : haced un ratito de oracion á María santísima, haced luego otro rato de exámen, y despues id á cumplir vuestras obligaciones.

El ejercicio de esta noche y de las siguientes se hará del mo-

do mismo que la noche pasada ; solo que en vez de la plática que se puso allí, se dirá la siguiente :

Fin del hombre.

Habetis fructum vestrum in sanctificationem, finem verò vitam æternam.
(Rom. VI, 22).

Si, como me asegurásteis ayer noche, deseais sinceramente aprovecharos en estos santos ejercicios, lo primero que debeis hacer, es reflexionar sériamente sobre el fin para el cual habeis venido al mundo. El hombre, hijos míos, que olvida su último fin se hace semejante á las bestias, y como ellas no se cuida sino de las cosas bajas de la tierra, viviendo en un brutal olvido de Dios, de su alma y de su salvacion. ¿No vemos á muchos que viven como jumentos, sin levantar jamás su pensamiento al cielo, entregados á todo género de vicios y excesos ? ¿No vemos á muchos que solo piensan en comer, beber, divertirse y satisfacer sus brutales pasiones ? Pues todo proviene de que los infelices tienen olvidado el fin para el cual han sido criados ; que si lo reflexionasen un poco, seguro es que otros serian sus deseos y sus pensamientos.

Deseando, pues, yo que desde vuestros primeros años comenceis á buscar el fin para el cual Dios os ha criado, y así logreis algun dia conseguirle, creo necesario proponerle desde luego á vuestra consideracion, haciéndoos sobre él reflexiones muy sérias y profundas. Para esto pidamos humildemente á Dios ilumine nuestros entendimientos, diciéndole con el real Profeta : Dignaos, Señor, hacerme ver con toda claridad el fin que tuvisteis al criarme, y los medios que he de emplear

para alcanzarle algun dia : *Notum fac mihi, Domine, finem meum* ¹.

Decidme ahora, amadas criaturas, ¿á qué fin pensais os ha criado el Señor? ¿Habrá sido para que os ocupeis únicamente en las cosas de este mundo? ¡Oh no! si Dios os hubiese criado solo para esto, no os hubiera dado ni entendimiento para conocerle, ni voluntad para amarle, ni alma espiritual que pudiese disfrutar de él eternamente. ¿No veis las bestias? Como ellas son criadas únicamente para este mundo, no tienen ningun conocimiento de Dios, son incapaces de amarle, y aun menos de poseerle; y por esto cuando mueren, mueren del todo, sin que nada quede de ellas. Pero vosotros, hijos míos, teneis un entendimiento que os hace semejantes á los Angeles, teneis una voluntad capaz de amar á un bien infinito, teneis una alma inmortal, que vivirá tanto como el mismo Dios. ¿No os dice nada todo esto? Mucho os dice, pues os hace ver que, teniendo vosotros una naturaleza tan noble, no es posible hayais sido criados para cosas tan bajas como son las de este mundo.

Á mas de que, ninguna cosa criada podria haceros dichosos y felices, y de consiguiente ninguna puede ser vuestro último fin. Recorred por todas cuantas criaturas hay en el universo, preguntando á cada una si es ella el fin para el que Dios os crió, y veréis lo que os responderán. Preguntad á la tierra y á cuantas riquezas, delicias y honores hay en ella: ¿sois vosotros el fin para el cual fuimos criados?—No, responden, no os ha criado Dios para que solo disfruteis de cosas tan ba-

¹ Psalm. xxxviii, 5.

jas y despreciables : *Abyssus dicit : non est in me* ¹. Preguntad al mar y á cuantos tesoros y preciosidades hay en su seno, en sus islas y en sus playas : ¿sois vosotros nuestro último fin?—No, contestan, no somos el fin que buskais, habeis de buscarlo mas arriba. *Mare loquitur : non est mecum* ². Preguntad al sol, á la luna y á las estrellas : ¿está por ahí arriba el fin para el cual suspiramos?—No, dicen, nada sabemos de él, pero se nos figura que debe estar en regiones mas altas.

Ya, pues, que no encontramos nuestro último fin en ninguna de las criaturas, levantemos los ojos á ese hermoso cielo, y preguntemos á los Santos que en él habitan : ¿existe por ahí nuestro último fin? ¿sabríais darnos noticias de él? ¿hallarémos por ahí arriba el objeto de nuestros deseos y suspiros? *Num quem diligit anima mea vidistis* ³?—¡Hombres! nos responde por todos el apóstol san Pablo, ¿por qué andais buscando vuestro último fin entre las criaturas vanas y miserables? Vosotros habeis sido criados para servir á Dios en esta vida, y despues subir al cielo á verle y gozarle por toda la eternidad : *Habetis fructum vestrum in sanctificationem, finem verò vitam æternam*.

¿Habéislo oido, mis amados hijos? No os ha puesto Dios en este mundo para adquirir riquezas, ni conseguir honores, ni disfrutar placeres; sino para servirle y amarle en esta vida, verle y gozarle en la otra. Este es el fin que el Señor se propuso al criáros, este el objeto que tuvo al haceros hombres. De modo que, aunque vosotros estais ahora en la tierra, no teneis aquí vuestro destino; pues solo estais en ella como de paso y por muy breve tiempo: vuestro destino, hijos míos, le teneis en el cielo; allí está el lugar de vuestra perpétua ha-

¹ Job, xxviii, 14. — ² Ibid. — ³ Cant. iii, 3.

bitacion, allí está el centro de vuestra eterna felicidad. ¿Lo conocéis así? ¿qué decís? — (*Sí, padre*).

Ya que conocéis que vuestro último fin es el cielo, decidme sencillamente: ¿qué habeis hecho hasta ahora para conseguirle? ¿Habeis aspirado á él con todo vuestro corazon? ¿habeis procurado haceros dignos de él? ¡Ay de mí! tal vez nunca habíais siquiera pensado en ello: tal vez hay alguno entre vosotros que tiempo há se halla enteramente apartado del camino que conduce á aquel fin dichoso, y que, habiendo vuelto las espaldas á su Dios, ha perdido todo derecho á verle en el cielo. ¿Será así que haya alguno?... Yo temo que sí, y tengo fundados motivos para decir aquí en medio de vosotros lo que Jesucristo dijo á sus discípulos la noche antes de morir: «Hay entre vosotros alguno, y quizá el que menos lo «piensa, que infelizmente engañado del demonio, tiempo há «vive apartado de Dios, y está en peligro inminente de con- «denarse.»

Sin duda atemorizados vosotros con la expresion que acabo de proferir, me preguntaréis cada uno en su corazon: ¿soy yo por ventura este desgraciado? *Numquid ego sum, Domine?* ¿Soy yo el infeliz que vivo apartado de mi último fin, separado de mi Dios, y expuesto á perderme sin remedio?—Hijos míos, estas preguntas no me las hagais á mí, que no puedo contestarlas; hacedlas á vosotros mismos, que sabeis lo que habeis hecho. Yo os diré en general con san Pablo, que ni los deshonestos, ni los blasfemos, ni los ladrones, ni los desobedientes entrarán en el cielo; pero si vosotros lo sois ó no, aunque puedo temerlo, no lo sé para asegurarlo; y aun cuando lo supiese, me guardaria bien de decirlo aquí en público. ¿Sabeis quién os lo dirá de cierto, clarito y sin rodeos? Vuestra propia conciencia. Vamos, os concedo un poco de tiem-

po para que se lo pregunteis. (*Aquí se suspenderá el discurso por un breve rato, y despues se proseguirá diciendo*):

¿Estais ya entendidos con vuestra conciencia? No quiero saber ahora qué es lo que os ha respondido, porque esto ya me lo diréis reservadamente en el confesonario donde nadie lo oirá; lo que os pregunto es: suponiendo os haya respondido que realmente habeis hecho cosas deshonestas, proferido blasfemias, hurtado cosas de valor, sido inobedientes, etc., y de consiguiente que estais fuera del camino del cielo, ¿qué pensais hacer? ¿Quereis continuar viviendo así en tan infeliz estado, pensando que despues, cuando seréis mas grandecitos, ya os arreglaréis con Dios y os pondréis en el camino de la salvacion? ¡Ay amados míos! Este es el lazo con que el demonio coge el alma de muchos niños y niñas. Lo primero que el malvado procura, es apartarlos del camino del cielo, haciéndoles cometer algun pecado; y cuando los tiene fuera de él, entonces, para que no le escapen de las manos, les dice: ¿Por qué has de confesar ahora aquel pecado que hiciste? Cállalo, que tiempo tendrás para confesarlo.

Hijos míos, por el grande amor que os tengo os suplico que no presteis oídos á los consejos de este infernal impostor. Acordaos que mientras vivís en pecado estais fuera del camino del cielo y correis á vuestra eterna perdicion. ¿Y si en el entre tanto viene la muerte?... ¡Ah! entonces ya podeis decir: *Adios cielo, adios para siempre*. Y aun cuando la muerte no venga á sorprenderos en vuestros primeros años, ¿no es una lástima que los paseis en el pecado, y desviados de Dios, que es vuestro último fin? Pensad que mientras vosotros vivís en pecado, sin hacer nada para conseguir el cielo, otros niños, mas cuerdos y prudentes que vosotros, aman y sirven á Dios con todo el corazon, y se afanan en adquirir méritos para la otra vida: pensad que pasando la primera edad en estado de

culpa, vais perdiendo los mejores años de vuestra vida, y robais á Dios los servicios de vuestra infancia, que son los que él mas estima : pensad que la primera edad es la que regularmente decide de nuestra salvacion ó condenacion, y que muchos se pierden por haberla empleado malamente : pensad que la salvacion depende ó en todo ó en gran parte del comportamiento que se tiene en la niñez, porque, como nos asegura el Espíritu Santo, el camino que el hombre toma en su juventud no suele dejarle hasta la muerte.

Así que, si vosotros deseais conseguir el cielo, que es el fin para el cual Dios os crió, es menester que comenceis á buscarle desde ahora, tomando el camino que conduce á él infaliblemente. Todo está en que vosotros, conociendo que Dios es vuestro último fin y el cielo vuestra patria, aspireis con todo el corazon á conseguirlos. Decidme, pues, ¿deseais de veras ver y gozar de Dios en el paraíso?—(Sí, padre). Si verdaderamente lo deseais, es claro que tambien quereis emplear los medios necesarios para alcanzarlo : ¿no es verdad?—(Sí, padre). Y como el medio para llegar á ver á Dios en la otra vida es amarle y servirle en esta, tambien debo suponer que teneis el ánimo de hacerlo del mejor modo que sepais : ¿no es así?—(Sí, padre). Pero y esos pecados que habeis cometido, y que son un obstáculo para llegar á ver á Dios, ¿tambien los confesaréis, hijos míos, tambien los detestaréis?—(Sí, padre). ¿Me lo prometéis?—(Sí, padre). ¿Y los confesaréis todos, sin callar uno solo por temor ó vergüenza?—(Sí, padre). ¡Bendito sea Dios! yo no me prometeria de muchas personas grandes lo que acabo de conseguir de vosotros, amables criaturas : con gran consuelo mio comienzo á ver que Dios bendice mis trabajos, y que no en vano elegimos á su bendita Madre por patrona de estos ejercicios. Encomendémonos á ella de todo corazon, para que con-

tinúe en dispensarnos su proteccion santa ; y para que quede en algun modo obligada, arrodillados á sus piés, recémosle por despedida tres *Ave Marias*.

Hecho esto, el cura despida con buen modo á los muchachos, encargándoles que no hagan ruido al salir de la iglesia, que se vayan en derechura á sus casas, sin detenerse en la calle, y que procuren ser puntuales en asistir al primer ejercicio del dia siguiente.

SEGUNDO DIA DE EJERCICIOS.

El ejercicio de la mañana será el mismo que ayer, teniendo empero cuidado de ir variando el catecismo sobre las disposiciones necesarias para la confesion y comunión, conforme dijimos en las advertencias preliminares.

El del mediodía se hará tambien del mismo modo que ayer, solo que en vez del exámen que allí se propuso, se pondrá otro en los términos siguientes :

El traidor Judas.

Probet autem seipsum homo, et sic de pane illo edat. (I Cor. XI, 28).

¿Habeis oido hablar, hijos míos, de un tal Judas que fue discípulo de Jesucristo? Este fue un malvado que, habiendo recibido de su Maestro los mas señalados favores, se los pagó con la mas negra ingratitud. Jesucristo le habia hecho el grande honor de elegirle por uno de sus Apóstoles, le habia dado poder para curar milagrosamente á los enfermos y á los endemoniados, le habia nombrado tesorero de los pocos caudales que tenia, cosas todas que, como veis, debian haberle